

FERNANDO MOLINA  
JOSÉ A. PÉREZ  
(EDS.)

# **EL PESO DE LA IDENTIDAD**

**Mitos y ritos  
de la historia vasca**

Marcial Pons Historia  
Instituto de Historia Social Valentín de Foronda  
2015

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
LOS AUTORES.....	13
INTRODUCCIÓN. LA INSOPORTABLE LEVEDAD DE LA NACIÓN EN LA HISTORIA VASCA, <i>por Fernando Molina Aparicio y Jose A. Pérez Pérez</i> .....	15
CAPÍTULO I. NAVARRA. ENTRE MADRE DE EUSKALERRIA Y «NUESTRO ULSTER», <i>por Ángel García-Sanz Marcotegui</i> .....	29
Las dificultades del PNV para establecerse en Navarra .....	31
La descalificación permanente de los restantes partidos políticos .....	36
El escollo de la Ribera, «el Ulster navarro».....	41
El profundo significado del rechazo del término «vasco-navarro» .....	48
Viejos y nuevos problemas en la actualidad .....	51
CAPÍTULO II. LOS SÍMBOLOS DEL PAÍS VASCO. ¿CON CUÁLES NOS QUEDAMOS?, <i>por Félix Luengo Teixidor</i> .....	57
Las banderas .....	60
Los escudos.....	65
Los himnos .....	66
Las festividades.....	69
Otros posibles referentes simbólicos .....	75
CAPÍTULO III. EL SÍNDROME DE JERUSALÉN. ¿LOS VASCOS Y LA RELIGIÓN?, <i>por Joseba Louzao Villar</i> .....	81
Y en el principio estaba Túbal: de los orígenes y la filiación.....	84
Quien dice vasco, dice católico.....	87

	Pág.
Un imaginario para dos naciones.....	93
El desplome de un imaginario .....	98
Conclusión.....	106
CAPÍTULO IV. DE LA VIDA RURAL VASCA. CASERÍOS, CASEROS Y CUENTOS, <i>por Pedro Berriochoa Azcárate</i> .....	109
El labrador propietario .....	112
El labrador intrahistórico.....	120
El labrador virtuoso .....	125
CAPÍTULO V. LA ÚLTIMA ETAPA FORAL. UN PAÍS SIN HISTORIA SOCIAL NI GENTE CORRIENTE, <i>por Rafael Ruzafa Ortega</i> ...	133
Historia y memoria.....	133
Sesgadas de una historia política, ideológica, institucional.....	135
Notables sólo tratados desde la res pública .....	141
La vida local y popular.....	149
CAPÍTULO VI. LOS DERECHOS HISTÓRICOS. ¿UN INSTRUMENTO PARA LA DESARTICULACIÓN DE LA NACIÓN ESPAÑOLA?, <i>por Javier Corcuera Aienza</i> .....	159
Fueros y nacionalismo vasco.....	160
Los derechos históricos en la constituyente .....	161
Derechos históricos y derecho a la diferencia .....	163
Comunidad nacionalista y construcción de la nación.....	166
La racionalización del carisma y sus límites .....	167
Devaluar la autonomía. La vuelta a la radicalización ideológica .....	168
Ermua .....	172
Ibarretxe, <i>lehendakari</i> (enero de 1999-mayo de 2009) .....	174
Propuesta de (des)articulación con la nación española .....	175
Una nueva etapa .....	179
CAPÍTULO VII. «EL CONFLICTO VASCO». RELATOS DE HISTORIA, MEMORIA Y NACIÓN, <i>por Fernando Molina Aparicio</i> ....	181
La poética del «corazoncito».....	185
El problema vasco .....	191
El «conflicto vasco».....	196
Los tropos del «conflicto».....	207
Un lugar de memoria abertzale.....	214
Conclusión.....	219

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO VIII. LA MEMORIA HISTÓRICA DEL FRANQUISMO Y LA TRANSICIÓN. UN ETERNO PRESENTE, <i>por José Antonio Pérez Pérez y Raúl López Romo</i> .....	225
El pueblo vasco bajo el franquismo. Dos versiones de un mismo relato .....	230
Un pueblo elegido y martirizado .....	232
La violencia como elemento mítico de la lucha antifranquista.....	236
El (inconcebible) franquismo vasco.....	240
La «memoria autonomista».....	243
La transición banalizada: usos políticos y vacíos historiográficos .....	250
La transición impugnada: la «reforma» del régimen .....	254
Conclusiones.....	259
 CAPÍTULO IX. LAS VÍCTIMAS. DEL VICTIMISMO CONSTRUIDO A LAS VÍCTIMAS REALES, <i>por Luis Castells Arteche y Antonio Rivera Blanco</i> .....	 265
La construcción del «nosotros» doliente.....	268
La explotación del «nosotros» doliente.....	278
Las víctimas reales como contradicción del pueblo víctima.....	287
 BIBLIOGRAFÍA .....	 307
 ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	 335

## LOS AUTORES

Pedro BERRIOCHOA AZCÁRATE. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

Luis CASTELLS ARTECHE. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

Javier CORCUERA ATIENZA. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

Ángel GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI. Universidad Pública de Navarra.

Raúl LÓPEZ ROMO. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. Ikerbasque Foundation for Science.

Joseba LOUZA O VILLAR. Centro Universitario Cardenal Cisneros. Universidad de Alcalá de Henares.

Félix LUENGO TEIXIDOR. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

Fernando MOLINA APARICIO. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

José A. PÉREZ PÉREZ. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

Antonio RIVERA BLANCO. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

Rafael RUZAF O RTEGA. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

# INTRODUCCIÓN

## La insoportable levedad de la nación en la historia vasca

Fernando MOLINA APARICIO

José A. PÉREZ PÉREZ

Este libro se ocupa de los lugares comunes, referentes míticos y narrativas dominantes que han condicionado la escritura de la historia contemporánea vasca. Trata de explicar por qué se han enfatizado determinados períodos, tiempos y fenómenos y se ha dictado el olvido sobre otros tantos. Expone, asimismo, el ritual narrativo que ésta ha desplegado al interactuar con la memoria colectiva que, desde el proceso de transición a la democracia, se ha consolidado como hegemónica en esta comunidad autónoma. Este ritual cataloga los asuntos mayoritariamente tratados en las tesis doctorales, los proyectos de los grupos de investigación y los temas a los que se dedican libros colectivos, monografías, congresos y seminarios en los que participan los historiadores. En esta obra cuestionamos determinadas representaciones del pasado que han sido canonizadas y que determinan la forma en que se escribe la historia reciente de los vascos y cómo es emplazada en el debate político y de la identidad.

La selección de los temas abordados en él nace de la actividad del grupo de investigación del que forman parte sus autores. Se trata del «Grupo de investigación del sistema universitario vasco de historia social y política del País Vasco contemporáneo» (IT-708-13), liderado por Luis Castells y financiado por el Gobierno Vasco, que ha enmarcado un proyecto específico recientemente finalizado, dirigido por este catedrático de la UPV-EHU (Universidad del País Vasco) y titulado «El proceso de nacionalización española en el País Vasco contemporáneo (1808-1980): giro local y conflicto nacional» (HAR2011-30399), financiado por la Dirección General de la Investigación del Ministerio de Economía y Competitividad. Este

proyecto ha sido sustituido por uno nuevo liderado por Antonio Rivera y Ander Delgado y centrado en el fenómeno de la nacionalización y la violencia política.

El grupo de investigación que los enmarca acumula más de dos décadas de trabajo de un colectivo de historiadores pertenecientes (en su inmensa mayoría) a la UPV-EHU, que se agrupan en torno al Instituto de Historia Social Valentín de Foronda (IHSVF, en adelante). Este grupo se ha especializado, en los últimos diez años, en el estudio de los procesos de nacionalización en el País Vasco contemporáneo, derivando una parte creciente de sus miembros (entre la que nos encontramos los firmantes de este texto y editores de este volumen) hacia el análisis de la violencia política en el País Vasco, tanto en el tiempo de la guerra civil y el franquismo como, posteriormente, en la transición a la democracia y la consolidación de ésta en el País Vasco.

Esta trayectoria ha derivado en una atención creciente a la cuestión de las víctimas del terrorismo, de la relación entre violencia e identidad nacional y entre la historia y la memoria colectiva. De hecho, este grupo de historiadores, en representación del IHSVF, ha sido pionero en la elaboración de los materiales justificativos y las propuestas de diseño que han alentado el debate en torno al Instituto de la Memoria de la Violencia en el País Vasco. Esta iniciativa ha acabado subsumida en el «Plan de Paz» que impulsa el actual Gobierno Vasco<sup>1</sup>. Uno de los miembros de este grupo se ha encargado,

---

<sup>1</sup> Un Plan que comenzó siendo criticado por todas las fuerzas políticas con representación en el Parlamento vasco (excepto el PNV, partido impulsor del mismo), por las asociaciones de víctimas y colectivos memorialistas, y por el propio IHSVF, que actuó como órgano consultivo en el terreno historiográfico (véase *El Correo*, 20 de octubre de 2013). Gracias a estas críticas su versión final apareció con algunas modificaciones dignas de mención, en especial en su apelación explícita (que se echaba en falta en la primera versión) a que «escribir un relato sobre el pasado que, además de ser crítico y comprometido, pueda servir al objetivo de encuentro social, es una de las tareas más delicadas, más difíciles y más importantes que tenemos por delante» y que «en ese relato crítico y compartido sobre el pasado, ningún argumento —ni un contexto de conflicto, ni una tesis sobre bandos enfrentados, ni la denuncia de vulneraciones de signo diferente, ni una razón de estado, ni la prevalencia del futuro— puede ser invocado para minimizar, justificar o legitimar la violencia de ETA, ni ninguna otra violación de los derechos humanos» (*Propuesta Plan de Paz y Convivencia*, Secretaría General para la Paz y la Convivencia, Gobierno Vasco, noviembre de 2013, p. 9). A pesar de ello, en nuestra opinión, el texto sigue adoleciendo de una falta de concreción sobre aspectos fundamentales, como la interpreta-

también, de elaborar un dictamen sobre «Contextos del Terrorismo y consideración de sus víctimas» encargado por el Parlamento vasco. Este documento, conocido como «Informe Foronda», ha generado una gran polémica pública a raíz de su presentación en el Parlamento vasco en febrero de 2015. Materiales y reflexiones de este grupo también han alimentado el debate en torno al proyecto de Memorial de víctimas del terrorismo, que se encuentra en proceso de definición por parte de una comisión nombrada por el Ministerio del Interior.

Esta evolución de los estudios y análisis de este grupo de lo social a lo político y cultural ha permitido detectar un repertorio narrativo compuesto por lenguajes, vocabularios, relatos y mitos vinculados a la memoria hegemónica que se ha levantado con el fin de legitimar (tanto como de deslegitimar) la autonomía política vasca. Las características de este repertorio y sus inconsistencias de cara a una adecuada comprensión de los dos últimos siglos de historia en el País Vasco (y, circunstancialmente, la vecina Navarra) constituyen la trama principal del presente libro.

No presentamos, por lo tanto, el consabido libro que recopila los resultados periódicos de un proyecto de investigación, compuesto de colaboraciones más o menos eruditas acerca de tal o cual aspecto vinculado al tema de estudio general. Lo que aquí presentamos es una especie de «cara B» (y el uso de este concepto musical no deja de ser un reflejo de la identidad generacional que unifica a los colaboradores de este libro) del grupo de investigación mencionado. Una «cara B» que recoge inquietudes y reflexiones compartidas acerca de la identidad e historia vascas, generadas a partir de las investigaciones que sus miembros han elaborado sobre el mundo del trabajo y de las comunicaciones, la nacionalización, la violencia en la guerra civil y la dictadura, la cultura política católica o la violencia terrorista. De ahí su tono ensayístico y la complementariedad de muchas de las colaboraciones, razón que ha motivado la bibliografía final que agrupa a todas (iniciativa esta última que no ha beneficiado la serena labor de los editores y que éstos dudan en recomendar a todo lector con ambiciones de editor de libros colectivos).

Uno de los aspectos que refleja este libro es que la máxima de Leopold von Ranke acerca de que el historiador debe aspirar a co-

---

ción acerca de nuestro pasado más reciente y la responsabilidad que corresponde a quienes apoyaron o justificaron la violencia como instrumento político.



nocer los hechos «tal y como sucedieron» nunca ha ocupado el lugar que debiera en el País Vasco. Es quizá por ello que este conocido historiador, uno de los padres fundadores de la historiografía europea moderna, siga estando muy presente en los debates públicos sobre historia del País Vasco. Así ocurrió cuando en el marco del 18.º Simposio del IHSVF («Construyendo memorias. Relatos históricos para Euskadi después del terrorismo», Vitoria, 12-14 de junio de 2012), dos de las figuras más notables que en él se dieron cita, Santos Juliá y Juan Pablo Fusi, coincidieron en señalar que dicha reivindicación seguía vigente. De ahí que Ranke fuera recordado en la introducción al libro que compiló estas jornadas (Ortiz de Orruño y Pérez, 2013: 17-18), igual que había sido reivindicado previamente por una de las figuras citadas en un extraordinario ensayo autobiográfico previo (Juliá, 2011: 230).

Y es que, como nos recuerda la fábula de los tres cerditos, la casita hay que construirla sobre materiales nobles y resistentes, si no el lobo llega y la desmonta al menor soplido. No somos escépticos ante las potencialidades que a los historiadores del País Vasco nos proporciona la teoría posmoderna. Pero antes de experimentar con sus materiales analíticos estaría bien acordarnos un poco de don Leopoldo y su consejo acerca de cómo contar el pasado. Porque está bien adentrarnos en ese territorio vidrioso en el que nuestro análisis se transforma en discurso y los hechos que trabajosamente rescatamos de las hemerotecas, los testimonios orales o los archivos pueden ser leídos e, incluso, interpretados como «textos» que debemos vincular al presente tanto (o más) que al pasado al que se refieren.

Todo eso está bien, es sesudamente intelectual y luce mucho en nuestra particular escenografía académica, tan teatralizada, en la que sigue destacando mucho ese ideal de inspiración francesa del intelectual mediático y (eróticamente) irresistible. O el alternativo ideal del hispanista inglés que tanto sedujo a Mario Onaindia («yo de mayor quiero ser hispanista inglés», solía decir), igualmente ducho en la tarea de vender un producto entre infelices lectores que lo que tienden a consumir es una mera síntesis legible de lo ya publicado (muchas veces de forma ilegible) por colegas patrios. Todo eso está bien si antes se han hecho los deberes. Está bien jugar a ser Hayden White o Simon Schama si antes se ha hecho (siquiera intentado hacer) lo que Ranke reclamó. Está bien «deconstruir» si antes se ha construido algo. Y el problema es que, de acuerdo con el libro que aquí presentamos, en el País Vasco, a efectos historiográficos, construirse, lo que

se dice construirse, no se ha construido lo suficiente para luego poder, siquiera, reconstruir.

La colaboración de Rafael Ruzafa lo refleja con rotundidad y vale por cualquier explicación sesudamente historiográfica acerca de cómo se han generado (y tolerado) los vacíos que aquejan al que supuestamente es el período mejor conocido de la historia de los vascos, ese que se inicia con la revolución liberal y se cierra con la derrota policial de la organización terrorista ETA. Su trabajo se centra en la fracción temporal que más se ha estudiado de este pasado reciente, por haber tenido lugar en ella ciertos episodios que el relato canónico ha determinado como «esenciales». Y refleja que lo que principalmente se ha hecho no ha dejado de ser una «historia de discursos», pobremente sustentada en su trasfondo social e, incluso, político.

Las contribuciones de Joseba Louzao, Fernando Molina, Raúl López y José Antonio Pérez muestran hasta qué punto la selección de los períodos que han definido esta historia reciente de los vascos ha estado sujeta a criterios de memoria e identidad, con lo que la narrativa que los historiadores hemos adoptado se ha subordinado a ellos, sobredimensionando determinados referentes de sentido (especialmente, la nación). De manera que los propios historiadores hemos terminado prefigurando los hechos que tuvieron lugar, a base de agruparlos en torno a lugares comunes y de sortear los vacíos de conocimiento mediante suposiciones inducidas por esos referentes que parecían ejercer tanto peso en el pasado como parecen mostrar en el presente.

De ahí que otro de esos períodos estrella, el que componen guerra civil, el franquismo y la Transición, como muestran Raúl López y José Antonio Pérez, carezca aún de «hechos» a que agarrarse, especialmente contextualizando lo que se sabe con lo que no. Veamos unos ejemplos. Sabemos muy bien cuántos y hasta quiénes fueron los muertos del bombardeo de Guernica y podríamos reconstruir casi minuto a minuto lo ocurrido ese día de abril de 1937. También conocemos muy bien cómo funcionaba un exiguo cuerpo de políticos y funcionarios en el exilio (unas decenas, un par de centenares de individuos, a lo sumo) como fue el Gobierno Vasco. Y sabemos bastante acerca de quiénes eran, cómo actuaban y qué motivaciones tenían unas decenas de jóvenes y un limitado círculo de intelectuales de ínfulas localistas, muchos de ellos inmersos en una traumática crisis de identidad personal y sexual (en tanto que exseminaristas o sacerdotes en trance de secularización) en los años sesenta. Todo esto y

no otra cosa fue ETA. En cambio, sabemos poco, por no decir nada, acerca de cómo los supervivientes del bombardeo (la inmensa mayoría de la población, por otro lado) gestionaron el trauma en Guernica, máxime teniendo en cuenta que la particular sociología política de esa villa la predispuso a adaptarse con escaso problema al estado de las cosas que impusieron quienes la habían bombardeado y la ocuparon poco después, con tropas, por cierto, nutridas de efectivos de origen autóctono.

Es decir, no sabemos nada de ese «franquismo sociológico» que sostuvo en el País Vasco, como en el resto de España, la dictadura durante casi cuatro décadas. Intuimos cómo se fueron forjando las nuevas lealtades y cómo sobrevivieron o se adaptaron las más antiguas, pero apenas hemos empezado aún a reconstruir la arquitectura institucional, con nombres y apellidos (y redes familiares, y vínculos clientelares), que sostuvo al régimen de Franco. Como sabemos muy poco, para el período posterior a la dictadura, de quiénes formaron el nuevo personal autonómico que se instaló en el poder local desde 1980 en adelante, cómo fomentó la interacción entre empresa pública y privada; qué redes familiares y clientelares lo configuraron y qué nueva clase social se aupó al poder en las diputaciones, ayuntamientos y Gobierno Vasco y cómo estas se encargaron de gestionar los favores y las prebendas inherentes al poder.

Tampoco sabemos quiénes (ni cuántas) fueron las personas heridas, mutiladas, coaccionadas y expulsadas de sus entornos afectivos como consecuencia de la violencia terrorista (de las asesinadas ya hay varios recuentos medianamente satisfactorios). O cómo fue tejiéndose la tela de araña formada por complicidades y silencios en torno a la violencia terrorista. Igual que desconocemos cómo funcionó el miedo en los pueblos y ciudades del País Vasco en ese tiempo en el que el nacionalismo radical se hizo con el control de las calles y obligó a la clandestinidad ideológica e identitaria a decenas de miles de personas que se vieron privadas del derecho a exponer sus ideas libremente en los lugares donde vivían.

Si echamos la vista más atrás y nos centramos en variables no estrictamente temporales ni políticas, las colaboraciones de Pedro Berriochoa y de Joseba Louzao nos muestran un panorama igual de desalentador, en el que el conocimiento acerca de los hombres que habitaron un determinado medio físico ha sido mayoritariamente cedido a antropólogos que poco menos que han convertido a la diosa Mari en referente sagrado de esas poblaciones, felices y contentas

hasta que los malvados liberales vinieron a arrebatarnos sus fueros. Y si nos ponemos a enumerar otros tantos vacíos políticos no estrictamente abordados en este libro (el sistema de partidos y la cultura política de la monarquía de Alfonso XIII y la dictadura de Primo de Rivera, las derechas católicas y las fuerzas antisistema de la Segunda República, las derechas no abertzales en la Transición y la democracia actual, etc.), su mero recuento terminaría agotando esta presentación. Los hechos faltan y, sobre todo, falta su adecuada contextualización, que mire más allá del Ebro y, muchas veces, de los propios Pirineos, *terra incognita* que parece que no tuvo contacto alguno con estos territorios y las plurales gentes que los habitaron en el pasado, más allá de la ritual apelación a un «Iparralde» cuya historia se reconoce en la práctica como ajena, más que nada porque está escrita en una lengua que casi nadie entiende...

El pasado de los vascos sigue sometido a un conocimiento condicionado por eso que Raúl López y José Antonio Pérez denominan la «memoria autonomista», del cual se han alimentado conceptos políticos legitimadores del actual ordenamiento político, tales como los «derechos históricos», como nos cuenta la colaboración de Javier Corcuera. Y es que ésta es la «memoria fuerte» que ha rellenado los vacíos del pasado, supliendo la historia. Lo que nos induce a cuestionar la máxima de Traverso (2007: 48-56) de que «cuanto más fuerte es la memoria —en términos de reconocimiento público e institucional—, más el pasado de la que es vector deviene susceptible de ser explorado y elaborado como Historia». En la Euskadi autonómica, la memoria no ha promovido la historia, sino que la ha restado, pues sólo así ha podido reivindicarse no ya la nación, sino la propia autonomía en tanto que elemento configurador de la Euskadi actual.

Y es que es la memoria (no la historia) la que puede promover una representación del pasado como la que se ha hecho, condicionada por los grandes traumas del presente (la violencia terrorista y las reivindicaciones nacionalistas asociadas a ella, así como la respuesta, en ocasiones abiertamente brutal e ilegítima, del Estado de Derecho). En las colaboraciones de Joseba Louzao, Fernando Molina, Raúl López y José Antonio Pérez y Luis Castells y Antonio Rivera se propone cómo ha podido tener lugar esa particular interacción entre relato histórico y narrativa de la memoria abertzale. Pero, sobre todo, se plantea por qué esto ha podido ser así: para dotar de unidad narrativa a un pasado que, si no, carecía de ella. Porque, como señala provoca-

tivamente Joseba Louzao, ¿qué vascos y qué religión podemos ubicar en el pasado? Y, partiendo de él, entonces, ¿qué vascos y qué fueros, qué vascos y qué nación, qué vascos y qué violencia, qué vascos y qué mundo rural, qué vascos y qué víctimas, qué vascos y qué Navarra, qué vascos y qué símbolos, qué vascos y qué derechos colectivos? De ahí la inconsistencia que tienen los nombres de «la cosa» nacional cuando son integrados en el relato del pasado, según cuentan Ángel García-Sanz Marcotegui y Félix Luengo, en este último caso reflejando, de paso, el penoso consenso simbólico que ha presidido la construcción de la comunidad autónoma actual.

Decididamente la historia proporciona demasiadas dudas y demasiadas pocas certezas para las necesidades (patrióticas) del presente. Si algo nos han enseñado los White, Schama y compañía es que cuando el relato historiográfico elige un determinado curso de hechos y se concentra en unos períodos respecto de otros está, automáticamente, haciéndose eco de narrativas que pueden ser muy dependientes del presente y, consiguientemente, del debate político y de la gestión del poder. De ahí que sea pertinente señalar los vacíos de conocimiento y las malas interpretaciones, de manera que sepamos espiar lo que son los hechos que se han podido determinar de los mitos que han actuado cuando éstos se desconocen y deben suplirse con el fin de dotar al pasado de un curso narrativo lógico de acuerdo con el agobiante referente nacional.

Mitos que sí que son auténticos «textos disfrazados de hechos» y que han sido alentados por una historiografía que, en ocasiones, ha decidido tomar prestados sus materiales narrativos de la memoria. Porque en ese particular baile entre historia y memoria al que nos remite Tony Judt en la bella metáfora que cierra la colaboración de Raúl López y José Antonio Pérez, muchos colegas historiadores (no digamos de otras disciplinas) han sacado sistemáticamente a bailar a la hermanastra guapa (la memoria) dejando a la fea (la historia) sentada mirando el móvil. Y lo peor es que, habiéndolo hecho así, han tratado de hacer creer lo contrario. Y eso está muy feo...

Una vez más la conocida sentencia de L. P. Hartley nos golpea sin remedio: el pasado es un «país extraño» (si no «extranjero», que es la otra acepción del término inglés originario). Un territorio que resulta sumamente incómodo para los vascos del presente, porque les es muy difícil de comprender, como bien reflejan las colaboraciones de Joseba Louzao o de Pedro Berriochoa. Allí no pueden ubicar su «Euskal Herria» por muy secular con que nos la pinten y por mucho que

tantos colegas de profesión se empeñen en dotarle de realidad histórica. Allí no hay masas reunidas en torno a símbolos comunitarios, allí no hay reivindicaciones acerca del «derecho a decidir», no hay nación (hasta hace, al menos, cien años) ni existe esa consideración narcisista del idioma supuestamente propio (¿qué vascos para qué idioma?, por seguir con la provocativa reflexión de Joseba Louzao), pues hasta el siglo XIX faltó, de hecho, una consideración patriótica de las lenguas vascas (el euskera en sus variables dialectales, el castellano, el francés), como hace tiempo nos mostró Zabaltza (2006) en un libro a (re) descubrir. Allí, en fin, no había «cultura vasca» ni «identidad vasca» ni, desde luego, «pueblo vasco» tal y como podemos concebirlos en el presente y manejarlos en nuestros escritos históricos.

Pero eso no evita que haya habido y continúe habiendo colegas prestos a exportar los registros de identidad del presente al pasado, con el fin de convertir éste en un paisaje menos emotivamente árido y más patrio, aunque para ello traicionen su deontología profesional. Porque, si no, ¿cómo convertir a esos «antepasados» tan complejos, variados y contradictorios en un reflejo de los compatriotas del presente? Ha sido y es requerida por las instituciones que sustentan el poder autonómico una comprensión unitaria de esos tiempos pasados y sólo la nación y la etnia la hacen narrativamente posible. El problema es que resulta difícil exportar algo inventado hace cien años a épocas anteriores, con lo que el grado de ficción que alimenta el relato del pasado se va acrecentando cuanto más nos alejamos del tiempo en que fue activado ese registro que supuestamente marca a los vascos. Joseba Louzao propone que este tipo de acercamiento sólo puede tener un componente místico, nunca científico, y Fernando Molina lo avala al radiografiar la narrativa fuerte que lo alimenta en el discurso político y académico.

Para comprender mejor la historiografía vasca es necesario, en fin, acudir a William I. Thomas, el sociólogo que formuló ese famoso teorema social que dice que «si los hombres definen las situaciones como reales, serán reales en sus consecuencias». Y es que la historia vasca ha tendido a sustituir a Ranke por Thomas, de manera que ese pasado que debería ser conocido «tal y como sucedió» ha terminado convirtiéndose en una invención que, porque una mayoría cree que es cierta, se da por existente. Esto explica por qué las síntesis académicas de historia de los vascos tienen como referente territorial «Vasconia» o «Euskal Herria». Y es que, dado que la nación es concebida como real por una mayoría de los vascos, de lo

que se trata es de convertir el pasado en la prolongación retrospectiva de esa realidad. De ahí la facilidad, como señala Fernando Molina, con que determinados topónimos etno-culturales (con los relatos que incorpora su dimensión performativa) han sido dados por buenos por tantos académicos, hasta el punto de normalizar aparatosos «contenciosos» y «conflictos», incluso «problemas» o «cuestiones» en el pasado.

De ahí que se haya llegado, como apuntan Luis Castells y Antonio Rivera, a concebir el pasado de los vascos desde un curso histórico de «victimización» colectiva. Y de ahí que las víctimas del gran trauma colectivo del presente, el generado por el terrorismo nacionalista vasco, hayan quedado difuminadas en tanto que individuos particulares en el marco del sufriente «pueblo vasco». Así es como han sido abstraídas víctimas y victimarios en un mismo relato público, moralmente perverso, puesto en marcha a la mayor gloria de la minoría de perpetradores, de la mayoría social que fue espectadora indiferente de la masacre y, finalmente, de los partidos políticos que buscaron rentabilizarla para dar entidad a sus reivindicaciones políticas.

Se nos antoja que la apuesta tácita que muchos historiadores (y no sólo de la Edad Contemporánea) han hecho por William I. Thomas frente a Leopold von Ranke ha buscado atemperar la «crisis de autoridad de la figura de historiador» (Sánchez León, 2008: 141-142) que tiene lugar en el mundo occidental. Ésta ha sido particularmente intensa en tierras vascas en la medida en que nuestra profesión jamás ha podido asentarse públicamente al haberle sido imposible canonizar un pasado tan difícil de unificar en torno a las grandes narrativas. De ahí que, frente a lo que ha ocurrido en Cataluña, los historiadores vascos no han podido concebirse como guardianes de la historia patria, lugar que han ocupado mejor otros profesionales cuyo análisis del pasado es más fácilmente selectivo y receptivo a criterios de memoria colectiva, caso de antropólogos, sociólogos o periodistas (Molina y Miguez, 2013).

Ésta es la razón por la que la historia, de hecho, genera tan poco interés mediático en estas tierras. Es poco dúctil a la maleabilidad que requiere el canon nacional. De ahí que la historia, en tanto que representación científica (siquiera racional) del pasado, consiguientemente compleja, plural y poco susceptible de ampararse en tramas de identidad, se haya ido viendo reducida, en el espacio público, a un frívolo recuento de hechos, sucesos y acontecimientos, a cada cual más

exótico, con el fin de seducir a un público desinteresado por «pensar históricamente», que se limita a trasladar al pasado sus hábitos de consumo cultural. Es asimilada como una forma de conocimiento incómoda, que requiere interpretar el pasado desde la distancia afectiva, como un «país extranjero» en «donde las cosas se hacen de forma diferente». Por ello ha sido tradicionalmente sustituida (o, siquiera, parasitada) por la memoria, que proporciona un relato cómodo, maleable, forjado en torno a figuras narrativas paradigmáticas (la épica y la tragedia), que apela a las emociones primarias y que representa el tiempo pasado de acuerdo con los usos y hábitos del presente.

Juliá (2011: 230) lo expone de esta manera: «este oficio [de historiador] [...] es para quienes nunca dejan de preguntar, como los niños, por qué, y esperan que a la multitud siempre creciente de sus preguntas le respondan contándole “cómo ocurrieron en realidad las cosas”: ésta es la base de lo que podría denominarse pacto historiográfico, un pacto entre adultos, porque cuando de niños preguntamos por qué, lo que ansiamos oír es cualquier relato en el que siempre gane el bueno [...] sin importarnos nada que sea verdadero o falso; más bien, preferimos los falsos porque somos incapaces de entender que el malo de la historia salga victorioso». Y el problema es que los vascos han preferido que siempre «gane el bueno». De ahí que el resultado de todo esto haya sido una «historia de guardería» (MacMillan, 2008: 39), una representación del pasado destinada a un nivel cognitivo de preescolar, el idóneo para asimilar el canon discursivo de la nación.

Ésta es la historia que promueven sucesivas hornadas de «historiadores» libres de dedicación a la docencia y de sumisión al método científico y animados por el fanatismo político, que han ido inundando el mercado editorial local de trabajos delirantes sobre la nación medieval navarra, el «genocidio» vasco bajo el franquismo o, más recientemente, el «pre-genocidio» cometido por los españoles en San Sebastián en tiempos de la guerra de la Independencia. Y lo preocupante de todo esto no es que sus novelitas monopolicen las baldas y escaparates de la principal cadena distribuidora y librería local. Esto no deja de ser, simplemente, un reflejo más de la invención de la tradición demandada por una sociedad civil poco cómoda con la historia en su concepción rankiana, ávida por consumir una memoria con fachada erudita a falta de una historia científica en la que reconocerse. Lo verdaderamente preocupante es que estos autores sean avalados por la universidad. ¡Qué puede pensarse de la ambi-



ción científica de una universidad que se dedica a amparar seminarios alimentados por narrativas delirantes acerca del pasado!<sup>2</sup>

Y, sin embargo, la historiografía de la Edad Contemporánea en el País Vasco sigue moviéndose con el mismo paso firme que ha ido mostrando en las tres últimas décadas, aportando con discreción (y ausencia de bandas de música folclórica y de presencia en los escaparates de las cadenas librerías locales) investigaciones serias que contribuyen a desmitificar los hitos más importantes de la historia reciente de los vascos. Ahí están, por ejemplo, los últimos trabajos sobre el universo simbólico del nacionalismo vasco (De Pablo, De la Granja, Mees y Casquete, 2012), la cultura política totalitaria de la vertiente radical de este (Casquete, 2010), el autogobierno y su compleja concepción en el pasado [Castells y Cajal (eds.), 2009], las heterodoxias patrióticas (Núñez Seixas y Molina, 2011, y Molina, 2012) o la conexión entre historia y memoria en la interpretación del fenómeno terrorista [Ortiz de Orruño y Pérez (coords.), 2013].

Pero sin duda son los nuevos trabajos de investigación impulsados por jóvenes historiadores (Carnicero, 2009; Penche, 2010; Louzao, 2011b; López, 2011 y 2013a; Fernández, 2012 y 2013, y Gómez, 2014) los que de un modo especial están contribuyendo a la renovación de la historiografía de la Edad Contemporánea. Se trata de investigadores que miran sin complejos ni limitaciones el pasado más reciente, cargados de nuevas preguntas y de una actitud más desinhibida y resuelta en sus consideraciones críticas con el pasado, quizá por carecer de una memoria personal de los hechos que abordan, relativos a los últimos sesenta años de historia de los vascos.

El problema al que se enfrentan es la limitada difusión de estas publicaciones, una cuestión que puede hacerse extensible al resto de España, pero que en Euskadi cobra una dimensión que trasciende el debate historiográfico para entrar abiertamente en el terreno político, ese suelo inestable y pantanoso donde la historia se hace incó-

---

<sup>2</sup> Sirva, a modo de sucintos ejemplos, el programa de cursos de verano de la UPV-EHU del año 2013, con jornadas (todas en euskera) como las que en julio se dedicaron al «genocidio cultural» cometido en «Euskal Herria» (en San Sebastián), a la transición democrática (en Pamplona) o la dedicada al incendio de San Sebastián en 1813 en esa misma ciudad (que uno de sus participantes ha calificado como antecedente del «genocidio» de Guernica en 1937. Este ilustre escritor publicó uno de sus libros sobre este «genocidio» al amparo de la Sociedad Aranzadi, de la que es miembro, a finales de 2011, con el acompañamiento de un grupo de música folk euskaldun muy popular entre la chiquillería local).

moda para una sociedad que ha vivido inmersa en una práctica terrorista (con complementarios actos contrterroristas ilegales y brutales que tanto afectaron la legitimidad del Estado de Derecho entre los vascos) durante las últimas décadas. El final de esa violencia ha extendido un mar de dudas e incertidumbres entre las víctimas del terrorismo, que viven con desazón el intento de minusvalorar su experiencia traumática, como reflejan Luis Castells y Antonio Rivera en su colaboración. Que la inquietud que invade a estas personas va más allá de su discurso corporativo queda reflejado en testimonios públicos como el de la madre del ertzaina Jorge Díez cuando aprovechó la presencia de los medios de comunicación para preguntar «quién va a escribir la historia del asesinato de mi hijo [...] ¿dejaremos que sean quienes mataron a Jorge quienes la escriban?». O la mujer del senador socialista Entique Casas cuando, en similar contexto, reivindicaba que los «libros de historia» debían transmitir la «verdad» sobre ETA<sup>3</sup>.

Pero este mar de dudas e incertidumbres también se extiende entre los victimarios y quienes les han respaldado políticamente. El éxito electoral de las nuevas plataformas legalizadas (EH-Bildu y Amaiur) que han agrupado a estos últimos no ha evitado que tienda el desconcierto en un mundo que trata apresuradamente de adaptarse a una cultura y una práctica política que desconocen y que despreciaron y persiguieron durante décadas. Tras la derrota de ETA por el Estado democrático y de Derecho, la conquista de la memoria se dibuja en el horizonte más cercano del nacionalismo radical como la última batalla a ganar de esa guerra que sólo existió en su imaginario colectivo, con el fin de justificar la sangrienta historia del terrorismo nacionalista vasco (Castells, 2013).

Y éste es el reto máximo al que se enfrentan los historiadores del País Vasco. Confrontar estas aspiraciones a politizar el pasado y, a la par, realzar la complejidad y variedad de éste, distanciando su análisis de cualquier intento por sujetarlo a los intereses del presente. Y en él hay que enmarcar el problema de la difusión de sus investigaciones, especialmente en un entorno social en donde las conclusiones que éstas muestran resultan altamente incómodas. La crisis de la historiografía y de su impacto social se coaliga con el desinterés que por

---

<sup>3</sup> *El País*, 23 de febrero de 2011 y 28 de mayo de 2006, y *Diario Vasco*, 26 de junio de 2014, respectivamente.

ésta muestra la opinión pública local a la hora de reducir la capacidad de incidencia social que tienen investigaciones que contribuirían a derribar narrativas que glorifican a los perpetradores de la violencia terrorista. La mayor parte de las publicaciones históricas son difundidas en el ámbito estrictamente universitario, entre unos pocos centenares de lectores especializados. La prensa es reacia, tanto por razones ideológicas como mercantilistas, a dejar que los historiadores hagan oír su voz.

Y, consiguientemente, este espacio es cubierto por los «historiadores de guardería», que resultan mucho más atractivos y que encuentran fácil acogida en los órganos mediáticos afines a sus presupuestos identitarios. Y es que convengamos en que los mitos siempre han resultado mucho más seductores que la realidad. Agitan emociones y crean sugestivas metáforas sobre la vida y la muerte (propia y ajena), sobre la nación y la identidad que proyecta... Creemos que un trabajo como el que aquí presentamos puede contribuir a esta labor de desmitificación de la historia de los vascos en la que estamos inmersos. No deja de ser la tarea que ha reclamado, con ecos rankianos, uno de nuestros grandes escritores: «El historiador que se esfuerce en contar las cosas como fueron y en desbaratar los embustes y las leyendas que nunca dejan de difundir los intoxicados por las ideologías» (Muñoz Molina, 2013: 251).

Bilbao-Portugalete, abril de 2015.